

# Puntuaciones sobre la noción de inconsciente en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños

PABLO PEUSNER

Somos muchos los psicoanalistas que siguiendo una indicación de Lacan no hemos retrocedido ante los niños –algo que no es tan fácil de decidir leyendo solamente a Freud–. Sin embargo, hace falta un trabajo de revisión crítica de los conceptos fundamentales del psicoanálisis para que estos articulen de la mejor manera con las situaciones clínicas que se nos presentan en los encuentros con nuestros analizantes niños. Entonces, antes de comenzar a trabajar en la lógica de las intervenciones analíticas en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños, conviene hacer una crítica de las nociones fundamentales que luego utilizaremos. Les propongo la siguiente serie: inconsciente, sujeto, demanda y deseo.

Comencemos situando una noción de inconsciente que nos resulte operativa para lo que seguirá.

Como les decía hace un momento, no todas las definiciones del inconsciente articulan bien en la clínica con niños (digo: aun en el caso de suponer que todas son correctas). Por eso, les propongo que trabajemos para situarlo a partir de la estructura del lenguaje –Lacan decía que el inconsciente está “estructurado como un lenguaje”–. Pero también, él afirmaba que el lenguaje le daba su soporte material al inconsciente, es decir que por estar apoyado en el lenguaje –algo bien concreto– el inconsciente no era una idea abstracta y el psicoanálisis no se convertía en un idealismo. Ya en el seminario de “Los cuatro conceptos...”, página 28 de la edición castellana, Lacan hablaba del “juego combinatorio que opera espontáneamente, por sí solo, de manera presubjetiva, estructura <que> le da su status al inconsciente”. La idea es clara: cierto funcionamiento del lenguaje es previo a suponer allí un inconsciente y un sujeto... Hay otra fórmula de Lacan para decir lo mismo y es que “el lenguaje es la condición del inconsciente”.

Voy a proponerles que el inconsciente es un modo particular, creado por Freud, de leer dos fenómenos del lenguaje. Estos fenómenos existían ya antes de que el psicoanálisis hiciera su aparición en la cultura, son previos. Por eso, justamente, son fenómenos de todos los días, cotidianos, sencillos y manifiestos. Lo verdaderamente genial del acto de Freud es el haber reparado en ellos... Vayamos al primero.

Lo presento de la siguiente manera: *cada vez que alguien habla, dice siempre más, menos o distinto de lo que quería decir*. Hay un desfase entre la voluntad del hablante y el producto de su decir, que es efecto del lenguaje mismo: la causa no está en la inteligencia ni en la capacidad oratoria de nadie. Es un efecto propio de la estructura del lenguaje, y la estructura misma es su causa.

Esto es algo de lo que todos, alguna vez, tuvimos la experiencia. Piensen cuántas veces, luego de una entrevista de trabajo o con un paciente, sintieron que hablaron de más.

Pero también, cuántas veces uno siente que no dijo todo lo que podría haber dicho sobre un tema puntual, sobre todo cuando el mejor argumento se lo ocurre varias horas después... Igual, el mejor ejemplo que se me ocurre es la clásica conversación de pareja. Uno nunca sabe muy bien dónde termina eso... Es una experiencia común, que funciona sin necesidad de actos fallidos ni síntomas, donde el lenguaje muestra su efecto de manera brutal. En cualquier caso, uno verifica que hubo un desfasaje entre lo que pensó en decir y lo que finalmente dijo. El acto de decir produce algo: una diferencia que es irreductible justamente porque no puede eliminarse. Y allí radica la apuesta de Freud: considerar positivamente eso que se produce. Para Freud no se trata de un déficit, no es un ruido en la comunicación (como decían los antiguos teóricos de la comunicación), sino que es algo que puede leerse poniéndolo en concordancia con el asunto o sujeto que mantiene atrapado al hablante. Pero cuidado, porque “ponerlo en concordancia con el asunto que mantiene atrapado al hablante”, no quiere decir interpretarlo según la posición subjetiva del analista o los sistemas de desciframiento que valen para toda la cultura, o sea, su significado no es evidente. La interpretación analítica servirá para ese caso, solamente... La idea de Freud es que eso que aparece y que no es deficitario, que quiere decir algo.

En primer lugar, *quiere decir algo* en el sentido de que debe traducirse. Esto es interesante porque entonces no puede ser interpretado en forma directa. Se impone ante esa aparición siempre la pregunta acerca de qué quiere decir eso en el asunto de ese hablante, en el sujeto que lo determina. Y en segundo lugar, eso *quiere decir algo* en el sentido de que empuja a ser dicho, vemos allí una especie de presión para que se diga. Habrán notado que hablo siempre en términos de “eso”, y queda no obstante planteada la pregunta por el lugar que tiene el hablante ante estos fenómenos. Ya volveremos a este tema, por ahora lo dejo abierto, pero se capta bien que todo eso ocurre a pesar de él, ¿no?

Por otra parte, esta apoyatura del inconsciente sobre el lenguaje inmediatamente introduce una espacialidad común para ambos, y así como nadie podría afirmar que tiene al lenguaje adentro suyo, tampoco es muy coherente suponer que tenga en su interior al inconsciente. Tal como ocurre con el lenguaje, el inconsciente exige la presencia al menos de dos sujetos humanos hablantes para desplegarse: motivo por demás suficiente para que Lacan impugnara la espacialidad euclidiana de la quedó cautivo Freud, en favor de una topología de superficies cuya estructura real es bidimensional. Así, de un plumazo, desaparece el inconsciente sumergido en las profundidades y no hay nadie que pueda afirmar que *tiene un inconsciente*. A lo sumo, podrán coexistir un *yo, tú y el inconsciente*, tal como ocurre en la sesión de análisis: se trata de un inconsciente transindividual. Y *de yapa*, soluciona también el problema que representaba para Freud el mundo exterior, problema tal que lo llevó a proponer que ese mundo exterior era una instancia más de su segunda tópica... La bidimensionalidad del inconsciente soportado por el lenguaje puede ser pensada a partir de las dos leyes de su constitución: la metáfora que toma el relevo del eje vertical del plano ( $\downarrow$ ), y la metonimia, que toma el relevo del eje horizontal ( $\rightarrow$ ). Así, con un inconsciente infinitamente plano, sin profundidad ni oscuridades, ya no hay nada oculto en lo profundo porque la estructura del inconsciente se define como una superficie unilátera, con la misma estructura que una banda de Moebius. Es una superficie topológica que supongo que conocen. Hagamos una aclaración: nosotros habitualmente la construimos con una tira de papel, pero el papel tiene espesor –tal vez sea muy poquito, pero lo tiene–. Es el problema de la noción de superficie: una superficie no tiene espesor, o sea que es de

dos dimensiones, 2D como se dice ahora... A nosotros nos enseñaron en la escuela que el ejemplo de un objeto de dos dimensiones era el plano, ¡el problema es que nosotros nunca vimos un plano! Cualquier ejemplo que consideremos, el pizarrón o una hoja de papel, tienen espesor. O sea que si atravesamos el pizarrón o una hoja de papel con una aguja, una parte de esta quedará en contacto con una de las caras, otra parte con la otra cara, y una tercera parte con lo que sea el espesor... ¿Me siguen? Quizás el único ejemplo –bastante difícil de pensar por cierto– de superficie que realmente conozcamos sea la superficie del agua en una pileta. Porque si nosotros nos tiramos al agua desde un trampolín y congeláramos el momento del clavado, una parte de nuestro cuerpo quedaría en contacto con el aire y otra parte con el agua, pero ninguna parte tendría contacto con ningún espesor, ahí sí se trata de una superficie con una estructura real de dos dimensiones, 2D. Es por eso que, para pensar al inconsciente, conviene hacer una banda de Moebius con una tira de papel transparente, para que si hacemos, por ejemplo, un punto en una de sus supuestas caras, también aparezca del otro lado. Así eliminaremos la idea del espesor. De hecho, esta espacialidad es muy interesante para pensar las irrupciones de lo inconsciente y la sorpresa que generan. Porque lo que supuestamente estaba inscripto en la otra cara (que, insisto, no es otra cara) es un saber-no-sabido que al irrumpir nos sorprende, justamente, porque lo sabíamos.

Así es como Lacan redefine al inconsciente, por eso es que hay una clase del seminario de “Los cuatro conceptos...” que se titula “El inconsciente freudiano y el nuestro”. Nuestro inconsciente es bien distinto al de Freud: no hay nada oculto en lo profundo, no hay un lugar al que van a parar las representaciones, no hay un reservorio donde están las representaciones, no hay nada adentro de nadie... La idea de superficie da por tierra con eso y abre a una clínica diferente que puede ocuparse perfectamente de los niños –algo que, como saben, con Freud era bastante problemático–.

Como les decía al comienzo de nuestra reunión, la noción de inconsciente apoyada en el lenguaje parte de dos fenómenos. Hemos descripto al primero de ellos. El segundo, que también es previo a la existencia del psicoanálisis, solo pudo ser definido con precisión por Lacan y bastante tardíamente, en el que es considerado su último escrito titulado en francés *L'étourdit*, y que en español es difícil de traducir, aunque lo conocemos como “El atolondradicho, el aturdicho o las vueltas dichas” –son propuestas válidas para traducirlo, aunque es notorio lo que pudo condensar Lacan con un solo significante–. En dicho texto, Lacan plantea una fórmula de la que voy a ofrecerles mi traducción (no me satisface del todo ninguna de las dos traducciones más conocidas en español, que son la de la revista “Escansión” y la de los recientes “Otros escritos”). Está en la primera página, y dice lo siguiente: “Que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se *escuchaentiende*”.

Comienzo por el final, porque tuve que inventar un neologismo por condensación para traducir el verbo francés *entendre*, que quiere decir ‘escuchar’ y ‘entender’. En la frase se juegan ambos valores y por eso es conveniente conservarlos.

Insisto en que dicha fórmula ubica un fenómeno del lenguaje, un efecto de su estructura que radica en el “queda olvidado”. El funcionamiento de la estructura del lenguaje produce un olvido que tranquilamente podríamos asociar a la idea de la represión: una represión sin agente, sin una instancia que la opere o que la decida. Aquí, en la frase de Lacan, es la propia estructura la que reprime –no tiene nada que ver con ninguna representación inconciliable ni nada de eso–. ¿Y qué reprime? Lo que reprime es el “que se

diga”, lo que en la teoría de Lacan es la enunciación. “Lo que se dice”, el enunciado, aquello que puede recogerse, por ejemplo, en una desgrabación o en una nota escrita, es lo que se *escuchaentiende*. Escuchamos y entendemos ese texto, y olvidamos que eso ha sido dicho, que hubo un acto de decir. Y aquí, nuevamente, no se trata de un déficit de la estructura del lenguaje. Ese olvido no necesariamente es una pérdida, no es un defecto de la estructura. Al contrario. Hay allí algo positivo, porque advertidos de ese funcionamiento se tratará de recuperar eso que “queda olvidado” en las huellas que dejó en lo “que se dice” y no se olvida. Recuperarlo y ponerlo en concordancia con cierta posición del hablante que – con Lacan– llamaremos “analizante”.

Detengámonos por un momento en este punto, y comparemos cómo se reacciona ante estos fenómenos en función de la posición del hablante. Para eso, debemos recuperar una distinción que Lacan, parafraseando a Ferenczi, introduce en el seminario “La identificación”. Se trata de la diferencia entre el lenguaje adulto y el lenguaje infantil. En el año 2006 desarrollé extensamente este tema en mi libro “Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana con niños”, publicado por Letra Viva –pueden utilizarlo como bibliografía ampliatoria de lo que seguirá–.

Lo primero que conviene decir al respecto, es que lo que habitualmente llamamos “educación”, es un dispositivo social, un modo de lazo, tendiente a que todos los hablantes utilicen el lenguaje adulto. Para normalizar el uso del lenguaje adulto se trata de legitimar ese olvido del “que se diga”, de leer el desfasaje entre lo dicho y lo que se quería decir como un déficit en la formación del hablante (o sea, atribuirle el fenómeno a él y no a la estructura del lenguaje) y, finalmente, establecer para el sujeto humano que habla una organización de afirmaciones y negaciones establecida según el triple principio lógico propuesto por Aristóteles –lo que no es sino un modo bien lacaniano de definir al Yo–.

Todos ustedes estudiaron ese trípode lógico en la secundaria pero, por las dudas, recordémoslo. Está compuesto por tres principios: identidad, no contradicción y tercero excluido. Podemos incluso afirmar que esos tres principios conforman nuestro sentido común: todo lo que se piensa con sentido común está armado a partir de ellos, lo que evidentemente nos aleja mucho del inconsciente –nada más alejado del sentido común que la noción del inconsciente, ¿no les parece?–.

Si bien en esta lógica A es igual a A ( $A=A$ ), ningún significante es idéntico a sí mismo. Curiosamente, la identidad no es una propiedad del significante. El significante solo adquiere valor por su diferencia respecto de algún otro. Y a pesar de que a menudo creemos que “yo soy yo”, es muy frecuente en la clínica encontrarse con alguien que no se reconoce en cierta situación, que no puede aceptar que fue él quien realizó tal o cual acción, o que no logra comprender los motivos de una acción que reconoce como suya... Aquí aparece ese matiz demoníaco del que hablaba Freud alguna vez, esa idea de la posesión, de lo otro que actúa en mí, del otro que habla en mis palabras. Ahí, claramente, yo no soy yo.

Un chico que cursaba séptimo grado y que había sido traído a mi consultorio debido a su mala conducta en la clase, me decía que no tenía idea de por qué hacía lo que hacía. Llegó a preguntarme si yo creía en los demonios, si era posible que tuviera alguno adentro (el chico iba a una escuela religiosa y, aparentemente, alguien le sugirió allí esa posibilidad). En cualquier caso, él no podía reconocerse como causa de la conducta que, sin embargo, se manifestaba a través de él, de su cuerpo y de sus palabras. Es muy diferente

que un niño se porte mal en la escuela y diga que eso se debe a su odio por la maestra o la institución misma, a que reconozca que algo en él actúa más allá de él...

La no contradicción también es algo con lo que tenemos contacto casi a diario. En una primera aproximación más filosófica, la idea es que nada puede ser y no ser al mismo tiempo. Pero acercándonos más a la cuestión lógica, podríamos explicarla como que ninguna proposición puede ser verdadera y falsa a la vez. Es curioso, porque... ¡hay tantos analistas que trabajan señalándole contradicciones a sus analizantes! Se jactan así de ser más inteligentes que ellos, más lógicos, pero en realidad están trabajando en un sentido que es contrario al inconsciente, donde la contradicción no existe. Los niños están menos tomados en esta idea: pueden ser de Boca y de River a la vez, amar y odiar a algún compañero de la escuela...pero a nosotros, pretendidamente adultos, nos cuesta mucho esa posición. Hay varios programas de televisión que ubican esas contradicciones en los políticos, en los actores, en las guerras entre las *vedettes*... Y sin duda, se trata de una aplicación del sentido común, porque ¿cómo vas a querer y odiar al mismo tiempo a alguna persona? ¿Cómo, incluso, alguien podría amar a su esposa (o esposo) y a su amante, a la vez, en igual medida? Sin embargo, eso es posible en el inconsciente y si a veces resistimos a tales posiciones, es un efecto del Yo tal como lo estamos planteando.

El principio del tercero excluido es mi preferido... La idea de Aristóteles es que la disyunción (o sea, lo que se indica con la letra "o") entre una proposición y su negación, es siempre verdadera. Pongamos un ejemplo. Analicemos la siguiente proposición: "El sol sale o no sale". "El sol sale" es nuestra proposición (llamémosla A), que está separada por su negación "no sale" (que podemos escribir como  $\neg A$ , el símbolo que escribí indica el "no" en lógica) mediante una disyunción (o sea, la letra "o" que en lógica se indica con el siguiente signo: V). Entonces, en el sentido común, siempre es verdadero afirmar la disyunción entre algo y su contrario. Retomando un ejemplo anterior, en este sentido podría decirse "Amo a mi esposa o a mi amante" pero, siguiendo a Aristóteles, resultaría imposible que fuera cierto amar a las dos... Y aquí, la clínica nos sorprende. Para justificar este tipo de situaciones, en ocasiones nuestros analizantes dicen algo así como "yo sé (lógicamente, por sentido común) que es imposible amar a dos personas, pero sin embargo mi corazón lo niega..." –lo que no es más que una versión posible del célebre aforismo de Pascal que decía algo así como que "el corazón tiene razones que la razón desconoce"–.

Los niños no tienen mucho problema con este asunto, ellos sí pueden reconocer como cierto que, como decía Hans, una niña esté "desnuda y en camisa" – ¿se acuerdan?–, o que en cierto lío que se produjo en la escuela "yo estaba y no estaba"... De paso, vean cómo en estos casos lo que en la fórmula original era una disyunción (o sea, una relación entre proposiciones a partir de la letra "o"), aquí se convierte en una conjunción (y entonces la letra "o" cambia por una "y"). Si bien aquí estamos hablando del principio de tercero excluido con cierta rigurosidad en la definición, este a menudo se desplaza y se confunde con el principio de bivalencia, según el cual toda proposición es verdadera o falsa. Como habrán notado rápidamente, este principio de ambivalencia es ya una aplicación del anterior. ¿Por qué? Porque podríamos reescribirlo de la siguiente manera: "toda proposición es verdadera o no verdadera (falsa)". Seguimos en la misma lógica de Aristóteles, y hay mucha gente que se jacta de ser "binaria", de no admitir grises, como si eso fuera un mérito o algo para destacar, cuando en realidad no es más que un modo bastante pobre de concebir una posición en el lenguaje. Otra vez, en esto, los niños nos sacan ventaja a diario –y muchas veces los adultos nos sorprendemos cuando eso se manifiesta de alguna manera–.

Bien, a modo de cierre de este planteo quisiera decir que el proceso educativo en general –no me refiero solamente a lo que ocurre en una escuela–, la sociedad, la cultura, empuja a que organicemos nuestro sistema del lenguaje en términos del triple principio de Aristóteles. Y si alguien pretende analizarse, es necesario que pueda correrse un poco de eso y se autorice a enunciar lo suyo desde un lugar distinto. Cuando nosotros trabajamos analíticamente con niños, nuestras conversaciones, nuestros juegos y nuestros dibujos, se liberan inmediatamente de tales restricciones. Y no es más que una resistencia del analista si acaso en algún momento caemos en señalar contradicciones, en requerir identidad, en exigir que no pueda ser verdad algo y su contrario...

Luego de este recorrido, queda entonces planteado que lo que llamé lenguaje infantil rechaza al triple principio lógico de Aristóteles y el “queda olvidado” que la estructura de la lengua produce sobre la enunciación –con frecuencia los niños defienden a rajatabla que tal o cual afirmación ha sido dicha por alguien, su maestra por ejemplo, y que eso le da un valor de verdad indiscutible, aunque el enunciado sea absolutamente falso–. Vuelvo a decir que esa posición en el lenguaje no coincide con una edad de la vida: de hecho, un analizante adulto lo practica en cada sesión, así como los analistas que no retrocedemos ante los niños. Pero además, un niño de siete años, algo presionado por su entorno, puede perfectamente llegar a la primera sesión hablando lenguaje adulto y, sosteniendo el “queda olvidado” afirmar “soy adoptado y como eso me va a traer problemas vengo al psicoanalista...”. ¡Qué loco! ¿No? ¿Desde dónde está afirmando eso? Cuesta pensar que se trata de una posición infantil.

Luego de ubicar esta distinción conviene notar que las diversas posiciones determinan dos efectos puntuales que quisiera comentar. Un primer efecto que voy a articular con la idea de responsabilidad. El segundo, articulado con el narcisismo. Voy a desplegar un poco esto.

Comencemos por la responsabilidad. La responsabilidad es un concepto jurídico, o sea proviene del derecho. Según un filósofo contemporáneo muy importante, Giorgio Agamben, esta noción ha contaminado el campo de la ética y, digo yo, también el del psicoanálisis. En todo caso, si vamos a utilizarlo, habría que redefinirlo. Me llama mucho la atención una tendencia muy contemporánea de algunos analizantes a encontrar cierto modo de satisfacción en eso de “hacerse cargo” o “hacerse responsable”. Hasta pareciera que de algún modo les gustara mucho enunciarlo, jactarse de que vienen a vernos para hacerse cargo de algo, para responsabilizarse. Porque si les pasó lo mismo un par de veces, si repitieron algún fracaso... ¿quién sino ellos podrían ser los responsables? Sin embargo, esto no ocurre con los niños. Para ellos, casi siempre, la causa –o la culpa, en ciertos casos– es del otro. El famoso “yo no fui” –recuerdo ahora un capítulo sensacional de los *Simpsons*, donde Bart se hace famoso con esa frase–, es una especie de leitmotiv. En la clase XVIII del seminario sobre “Los escritos técnicos de Freud”, Lacan afirma que “La palabra admirable del niño es quizá la palabra trascendente, revelación del cielo, oráculo de pequeño dios, pero lo evidente es que no le compromete a nada”. Veo sonrisas en algunos de ustedes, seguro que la afirmación de Lacan es cierta... Este tipo de lenguaje le hace un lugar muy especial al otro, al semejante. Y no tiene mucho sentido instarlos a que se hagan cargo de lo sucedido, fundamentalmente porque eso sería entrar en la serie parental o en la de sus educadores. Si para ellos la causa está en el otro, conviene que lo desplieguen, que lo expliquen porque, como también afirmaba Lacan “entre el niño y su semejante hay un

espejo inestable” y, si afirman que la causa o la culpa está en el otro, eso puede leerse a través de ese espejo. Es como si intentaran transmitirnos en qué sistema de coordenadas estaban ellos incluidos cuando pasó eso que es denunciado. Y a nosotros, analistas, eso nos sirve. Nos permite una captación mucho más clara de cómo se posiciona ese hablante en el mundo que le toca vivir, y en el que no está aislado sino que es un eslabón de cierta cadena –cadena que, curiosamente, quien insiste en hacerse responsable finge ignorar–.

Introduzco ahora el segundo fenómeno que se articula desde el narcisismo. El hablante adulto que insiste en hacerse responsable declara a menudo un problema de autoestima. Sabemos que en la perspectiva freudo-lacanian, la autoestima no existe. Nadie puede establecer su valor a partir de sí mismo, aislado del otro. Toda valoración que un sujeto realice de su posición, toma relevo del valor que tuvo para otro. En todo caso, parafraseando a Lacan, podríamos decir que el sujeto establece su valor desde el lugar del Otro (con mayúscula, en este caso). Nos vemos como seríamos vistos desde el lugar del Otro –esto se ve bien con el esquema de los dos espejos, pero lo dejo para otra ocasión–. Y aquí el niño nos sorprende al presentarse como el mejor: el más rápido de su clase, el más hábil para jugar al fútbol, la más bella de las princesas y todo tipo de declaraciones que dejan suponer un Otro que lo sobrevalora. Esa sobrestimación, era la posición que Freud situaba como la que mantenían los padres tiernos ante sus hijos.

Como habrán notado, el lenguaje infantil le hace un lugar al Otro que desaparece con cierta facilidad en el lenguaje adulto. Y es que correlativamente con el afianzamiento de la organización del Yo, la idea de “sujeto” se va ciñendo sobre la de “persona”. Lacan es claro al respecto: no hay sujeto sin Otro, no hay asunto sin Otro y, me atrevería yo a finalizar afirmando que, no hay psicoanálisis sin Otro. Para que advenga la condición particular, es necesario establecer la posición de ese hablante en ese asunto que exige un Otro. Si no, estamos en la psicología, donde la posición de alguien es disuelta en una concepción de la persona creada a partir de una serie de juicios inductivos por analogía (por ejemplo: si una anoréxica es hija de una madre demandante, y otra anoréxica es hija de una madre demandante y varias anoréxicas son hijas de madres demandantes... entonces todas las anoréxicas lo son).

Quisiera agregar otra diferencia que, según entiendo, también está determinada por los diversos usos de los lenguajes sobre los que venimos trabajando.

El hablante que estructura su posición a partir del lenguaje adulto lleva la cuenta, hace balance y evalúa todo lo que ocurre en el análisis. Si acaso habló muchas sesiones seguidas de lo mismo pide disculpas, incluso es capaz de evocar el cansancio o el aburrimiento de su analista (“Yo sé que debés estar cansado de escucharme hablar de mi madre, pero no sabés lo que me hizo esta semana...”). Además, puede comenzar cada sesión realizando una pequeña evaluación de su día, de su semana e, incluso, del desarrollo de su análisis. Algunos llevan un diario y preparan sus sesiones, haciéndole trampa a la regla fundamental de la asociación libre. Obviamente, nada de esto ocurre con los niños, los que a menudo ignoran por qué están en tratamiento o qué papel jugamos ante ellos. Ellos más bien transcurren la experiencia y asocian libremente, tanto en sus palabras como en sus juegos. Es muy frecuente que el peor error que podamos cometer ante tal estado de cosas, sea el de preguntarle a un niño cómo está de su síntoma o por qué ha sido traído a análisis –rápidamente, eso nos deja incluidos en la serie de sus padres y maestros, lugar de la

evaluación, del que luego será muy difícil salir-. La posición que quienes hablan el lenguaje infantil demuestra bien lo que Lacan llamaba (en la página 500 de “La instancia de la letra”), “la coextensividad entre el desarrollo del síntoma y su resolución curativa”. Desarrollar el síntoma es algo así como tensarlo entre los significantes que constituyen un sujeto, un asunto –algo que en los encuentros con un niño se desplaza del diálogo al juego y al dibujo muy rápidamente, con gran dinámica, para rebotar entre unos y otros con pequeños saltos-. Aunque pueda resultarles curioso, el análisis con niños no produce conocimiento. Me explico: el análisis de un adulto puede conducirnos a una situación tal en la que, por ejemplo, el analizante diga algo así como “*Muy bien, ya entendí tal o cual cosa, ¿qué tengo que hacer ahora con eso?*”. Hay gente que declara asistir al análisis para conocerse mejor, pero si uno avala esa posición, si uno la fortalece de cierta manera, siempre llegamos al mismo punto: ¿qué se hace con eso que uno termina por conocer de sí mismo? Y allí no hay otra cosa que sentido, identidad y Yo. La idea de Lacan es mucho más interesante, puesto que plantea que mientras el síntoma se desarrolla se cura, y en ese proceso no hace falta que el analizante en cuestión haga nada en particular más allá de analizarse. En los casos en que trabajamos con niños, podemos incluso decir que la ausencia de ese Yo que “se conoce a sí mismo” favorece el análisis, y que su ausencia es uno de los principales factores de que los síntomas de los niños se muevan tan rápidamente –incluso a veces sin saber por qué-.

Quisiera a continuación, y para terminar nuestra reunión, dedicarle un rato a comentar una secuencia de un caso que he atendido recientemente. No vamos a hacer un ateneo, solamente quisiera ofrecerles un breve recorte que nos permita ubicar algunas de las ideas que hemos trabajado previamente.

El niño en cuestión tiene ocho años: un episodio que puso en jaque la salud de su madre le disparó un estado angustiado que se asoció a un ritual de lavarse las manos varias veces por día y a un extraño temor a alimentarse –temía que la comida estuviera “sucía” y que eso pudiera hacerle daño-. El análisis de la situación familiar arrojó un resultado muy particular: si bien sus padres estaban separados hacía cuatro años, la situación no era vivida de igual modo por cada uno. Su padre había comenzado relaciones ocasionales con otras mujeres; su madre había quedado “pegada” (uso ese significante sin ninguna inocencia) a su ex pareja. Lo trataba con el mismo lenguaje amoroso de cuando estaban juntos –él se fastidiaba visiblemente por eso-, lo invitaba a comer con frecuencia a su casa, armaba programas para compartir los fines de semana junto a él y su hijo... Él se quejaba de la situación y la rechazaba constantemente, pero ella no lograba registrar del todo lo que estaba ocurriendo. La noche en que ella se descompuso estaba sola con su hijo. Éste, sin saber muy bien qué hacer, llamó al padre y fue él quien resolvió la emergencia médica –la cosa fue grave y ella estuvo realmente mal (según parece, ella conocía su enfermedad pero no le había dicho nada a su hijo)-. Al parecer, el estado del niño fue una reacción a la escena que tuvo que vivir.

No vamos a profundizar mucho en la historia –insisto en que no se trata de un ateneo-. Una vez comenzado el trabajo con Luis (nombre que le daremos al niño), surgió el tema de su familia. Como suelo hacer a menudo, le dije que yo no los conocía muy bien y le pedí que me los dibujara. Él comenzó un dibujo como haría cualquier niño, pero en la tercera figura humana comenzó a ponerse inquieto. La cuarta, quedó por la mitad. Y a partir de allí reemplazó las figuras siguientes por nombres, demasiados nombres... Incluyó a sus



tíos, primos y demás parientes. La hoja quedó atestada de nombres y con el dibujo incompleto. Cuando le pregunté qué significaba eso, me respondió que todos los nombres que había escrito en la página eran los miembros de su familia. No pareció notar el pasaje del grafismo a la escritura, para él no había ocurrido nada extraño en su dibujo. Yo no lo señalé, pero supuse que eso quería decir algo... Consideré que había en juego allí un asunto, y que ese asunto –y conste que podría reemplazar el término “asunto” por el de “sujeto”– se presentaba dividido, en principio, entre el dibujo y la escritura. Decidí que debía tener paciencia ante eso. Si confiamos en el inconsciente, tenemos que saber esperar y soportar la incompreensión de sus manifestaciones, al menos por un tiempo.

A la siguiente entrevista, Luis trajo unos Gogos (los Gogos son unos pequeños muñequitos, supuestamente extraterrestres, con los que se juega como si fueran bolitas –su forma pequeña y redondeada facilita la tarea–). Los distribuyó sobre la mesa del consultorio en forma de círculo. “Están haciendo una ronda” –me dijo–. Le pregunté:

– ¿Son todos del mismo planeta?

– Son una familia –me dijo.

Le pedí que me los presentara. Seleccionó dos y dijo que formaban una pareja (no hay modo de atribuirles género alguno): un papá y una mamá. A continuación separó tres, esos serían los hijos. Pero luego siguió: otro era el abuelo, otro la abuela... Vinieron a continuación los primos, los tíos, los novios, las novias, las mascotas... Evidentemente, la idea de familia que Luis ponía en juego coincidía con una familia extendida. Luego de un rato todos los Gogos formaban parte de la misma familia. Evidentemente, se trataba del mismo asunto aunque presentado de una manera distinta. Observen aquí cierto matiz de la repetición que se pone en juego, porque lo que Luis repite es lo mismo que no es lo mismo.

Dos sesiones después, el tema de la familia retorna con otro dibujo: el de la familia monstruo –así los llama, aunque los grafismos hacen pensar más bien en una familia de robots–. La figura de la que será la madre, es una especie de Frankenstein (presenta incluso costuras en el rostro). La del padre es una figura compuesta: el cuerpo es de la hija pequeña, pero la cabeza es de un adulto masculino. Todos llevan extraños nombres, que suenan más bien a onomatopeyas. Tenemos aquí un tercer intento de *hacer algo* con el asunto de la familia, aunque no sabemos aún muy bien qué.

Algo más tarde, y con una técnica gráfica aparentemente aprendida en la escuela, Luis dibuja otra familia: en este caso, una pareja de serpientes con una cría pequeña. Obviando cualquier significación acerca de la elección del ofidio en cuestión, es curiosamente la familia más normal. Son todos de la misma especie y no hay figuras fusionadas. Algo de lo que intentaba elaborarse, o decirse, acerca del asunto familiar está más claro aunque para graficarlo Luis necesitó alejarse mucho de las figuras humanas.

Como último paso de esta secuencia y probablemente influido por la cercanía con la Navidad, Luis dibujó un pesebre rodeado de animales en cuyo interior ubicó a la Sagrada Familia: María, José y el niño Jesús. Este grafismo fue el último de la serie –Luis nunca más solicitó material para dibujar– y a partir de allí se volcó más hacia el juego reglado, lo que permitió comenzar a trabajar la diferencia entre el lugar del Otro y lo que en psicoanálisis señalamos con la letra A mayúscula (y que en dicho juego, es ocupado por el sistema de reglas que lo organiza). Destaco aquí el significativo que él mismo utilizó para nombrar lo que había dibujado: “Sagrada Familia”, el que claramente dice mucho más que cualquier lectura proyectiva que pudiéramos hacer de su producción gráfica...

Quiero hacer aquí un señalamiento: a menudo nos escuchamos decirle a algún paciente que tiene que trabajar tal o cual asunto, pero... ¿en qué consiste exactamente eso? ¿Qué significa para nosotros, analistas, *trabajar* un tema? Probablemente sea algo así como darle vueltas, abordarlo por distintos sesgos, asociarlo con otros asuntos. Y es exactamente lo que el breve recorte que les presenté pone de manifiesto: un niño “trabajando” el asunto de la familia, buscándole una vuelta, intentando ofrecer en análisis una versión acerca de lo irreductible de la transmisión familiar –Lacan afirmaba que la familia trasmite algo que es imposible de eliminar, y por eso lo presenta como irreductible– mediante una serie de permutaciones significantes que no se reducen a una cuestión proyectiva.

Considero de este modo abierta la puerta para introducirnos en nuestro tema puntual: la lógica de las intervenciones analíticas en la clínica con niños, algo que solo es abordable luego de un trabajo preliminar como el que hicimos hoy.

Nos vemos la próxima vez.